

Frete libertario

ÓRGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
1 febrero
de 1937

Número 75

editado por el comité de defensa - región centro

El freno de los bárbaros

El pueblo español, por designio de los hados, ha sido al llamado a frenar los instintos sanguinarios y brutales de los engendros monstruosos que han paseado sus armas triunfantes por el suelo del mundo.

Por una rara casualidad, Roma, que se paralizó ante el heroísmo ibero, reula ante las defensas de Madrid.

Aquel genio de la guerra, Napoleón, que vió humilladas a sus plantas a cien naciones, vencidas por la fuerza de sus armas, sufrió el primer descalabro ante los muros de Bailén. Los invencibles granaderos, para quienes por encima de Dios estaba su emperador, mordieron el polvo bajo las picas de los caballistas andaluces.

No fué un ejército regular el que infringió la primera derrota al superguerrero corso; fué simplemente el pueblo que se levantó en armas ante los primeros asesinatos de la plaza de Oriente en el día memorable del 2 de mayo.

Y fué el pueblo en armas quien, sin dar paz a la mano, no descansó hasta ver limpio su suelo de la planta invasora.

De nuevo se extiende sobre el mundo el peligro de un azote de destrucción. De nuevo un poder arbitrario y absoluto, encarnado en una figura siniestra, cuya sombra se proyecta sobre otra figurilla de remedo de hombre, pretende esclavizar al mundo, procurando amarrarlo a su carro victorioso.

La ignorancia de los pueblos o el espíritu envenenado que en ellos se infiltró, arrastra a la humanidad a una nueva lucha entre un poder impuesto y una libertad ansiada.

Y los profesionales de la destrucción, los artífices de la estafa, de los incendios, de los vicios inconfesables, se lanzaron a cegar a los pueblos con el resplandor de sus brutales conquistas.

Y pensaron en España, tan callada, tan sufriendo, tan explotada. Un pueblo que calla, o está conforme o está agotado. Estó pensaron los traidores que se rebelaron y los vividores que los instaron a rebelarse. Pero no contaron con que en España quedaba el fermento de rebeldía que siempre ha caracterizado al pueblo. No contaron con que el pueblo español lo mismo calla obligado que mata ofendido.

Y el pueblo, que, para los invasores, estaba conforme o agotado; el pueblo, que, para los traidores, estaba descompuesto por las predicas que ellos llamaban disolventes, pudo vencer a un ejército que no había conseguido más triunfos que los que se atribúan sus jefes cobardes, y puede lanzar a puntapiés a los cebones que desde Germania han venido a ensuciar el suelo español. Delante de Madrid fracasan los facciosos, fracasan los romanos y teutones; fracasan las técnicas guerreras de reciente germinación.

No se ha necesitado para esto más que el pueblo vibrara. Ha visto el camino de la liberación y en un solo impulso se ha levantado como barrera inexpugnable ante los avances del monstruo que amenaza conquistar el universo. De nuevo nuestro pueblo ha sido el dique contra las fuerzas brutales de la dominación guerrera. De nuevo nuestro pueblo ha sido la puerta cerrada a la invasión.

¡Pueblo, firme y adelante! ¡Que tu misión histórica no ha terminado aún!

¡Fuera los invasores!

¡Que el destino ha querido que seas de nuevo el freno de los bárbaros!

SE ESTAN OYENDO OPINIONES TAN DISTINTAS SOBRE LA CAUSA DE LA «GUERRA», QUE SERÍA CASI CONVENIENTE PREGUNTAR A LOS QUE LUCHAN POR QUÉ LUCHAN. ¡CLARO QUE ELLOS LO SABEN!

LOS QUE NO LO SABEN O QUIEREN HACER QUE NO LO SEPAN LOS DEMÁS, SON PRECISAMENTE LOS QUE NO LUCHAN; Y SI LUCHAN, LO HACEN POR EL COCIDO FUTURO.

Quieran o no quieran, lo digan o no lo digan, el pueblo lucha por el pleno derecho de las libertades que careció hasta el presente

Una encuesta de actualidad

¿QUE HAS HECHO TU PARA GANAR LA GUERRA?

—Primero, contéstame a esta pregunta preliminar: ¿Qué eras tú antes del 18 de julio?

—A decir verdad, yo... Yo vivía de mi trabajo.

—¿Me quieres mostrar tu carnet sindical de esa fecha?

—No. Yo no he sido nunca sindicalizado, ni político siquiera. Sólo una vez intervine en política. Fué en las elecciones de...

—¿Emitirías tu sufragio?

—No me he visto nunca en el Censo. Intervine en aquellas elecciones porque tomé en subasta el suministro de almuerzos a los interventores y apoderados de los candidatos, con un margen de unos duros claros de ganancia. Yo siempre me «pirré» por la República parlamentaria. Pero viví de mis pequeñas raterías de oído. Negocio que oía esbozar en la calle o en el círculo, negocio que encauzaba en mi provecho. Por eso hice de todo. Corretaje, comisiones, agencias, algunos enchufillos... Nada. Yo vivía de mi trabajo.

Ahora viene bien el enunciado de esta popularísima encuesta.

—¿Qué has hecho tú para ganar la guerra?

—Yo he dado toda mi alma en beneficio de la causa antifascista. Todo lo que soy y lo que valgo lo entregué al triunfo de la Revolución.

—El 19 de julio...

—No me hables de esa fecha. Su recuerdo me causa resquemor. La gran epopeya del cuartel de la Montaña me cogió en cama. Los cabildos de las vecinas, los comentarios del portero, me llevaron al convencimiento de lo que ocurría en Madrid y en España entera. A mí no se me puede culpar de desidia. Me faltaba iniciación, carecía de referencias. Eso sí. Aquellos trágicos instantes sacudieron mi dormido espíritu ciudadano. Salí a la calle enfervorizado y me puse un brazalete rojo.

—¿De la Cruz Roja?

—No. Un sencillo brazal rojo, que le iba muy bien a mi chaqueta de puro corte inglés. Fácilmente me sentí democrata. Aquella noche del 19 al 20—nunca la podré olvidar!—fué cuando comencé a sentirme revolucionario. En mi calle se cruzaban disparos entre proletarios y agentes provocadores fascistas. Yo sentí un ramalazo de ciudadanía y comencé a gritar para que me oyeran todas las vecinas

de mi casa: «Esa luz, esa luz», como medida de previsión y vigilancia, al objeto de localizar los disparos. Esta feliz intervención mía me dió cierto crédito. De golpe y porrazo cayó sobre mí la primera responsabilidad revolucionaria.

Me sentí elegido presidente del Comité de casa. Y a partir de aquí comienzan mis aportaciones, mis desvelos, mis sacrificios por la causa antifascista. Por las noches, reunión en la portería. De madrugada, guardia obligada para esperar el toque de las sirenas de alarma y avisar a los vecinos, para que sin pérdida de momento se acogiesen a los sótanos. Después, todo el chismorreo burocrático inherente al cargo.

—Pero ¿nunca estuviste en un frente de lucha, no sentiste nunca de cerca la emoción de la guerra?

—No tuve nunca esa satisfacción. Viví, eso sí, intensamente, la vida de retaguardia. Cambié varias veces de brazalete. Usé cada uno en armonía con los salvoconductos que me facilitaban bondadosamente amigos míos. Últimamente lucí uno de colorines de una Embajada, que me dió cierto porte, sobre todo en las «colas» para adquirir pastelillos en La Mallorquina.

—Pero, en la misma retaguardia, de la que te enorgullecies, ¿qué labor has hecho más culminante?

—Mucha y variada. He cuidado de aplaudir y de comentar cuantas disposiciones del Gobierno se han dictado, aunque no practicara ninguna por no aludirme directamente en ellas; he levantado el puño al paso de cualquier cortejo fúnebre; le he dedicado un chicleo pueril e inocente a toda la compañera guapa que me ha acercado su hucha... Y en materia de abastos, no digas. Me he preocupado intensamente de dar cuantas facilidades he podido para el normal abastecimiento de Madrid. He coleccionado todas las cartillas con sus correspondientes modelos, debidas al nomen de aquel alcalde tan popular que tuvo Madrid—¿dónde estará a estas horas Pedro Rico?—; he sustituido muchas veces la ardua labor del miliciano de turno de despejar de las «colas» a esas comadres que, con el cuento de un improvisado diálogo, se adelantan a colocarse en primer término. Y, por último, he puesto en práctica una especie de comunismo libertario para

mi uso particular, que no es nada deleznable.

—¿Tienes inconveniente en hacernos una pequeña demostración?

—Hoy mismo, me regaló un combatiente, que vino con descanso unas horas a Madrid, y que es amigo mío, un hermoso repollo. Inmediatamente lo cambié en su justo valor por una botella de aceite. Y como éste escasea bastante, lo vendí en tres cuarenta a una cuñada mía. Si estas iniciativas en pequeño se espaciaran hasta el infinito, otra cosa sería de la política de abastos.

—¿Y no has hecho más para ganar la guerra?

—¿Te parece poco? ¿Qué más se le puede pedir a un modesto e ignorado pequeño burgués como yo? ¡Para que luego se olviden nuestros sacrificios y se traiga y se lleve nuestra significación en discusiones periodísticas!

Somos de lo más infeliz que hay en el mundo.

Nosotros creíamos que Madrid era el faro que alumbraría las libertades del mundo. Nosotros creíamos que los que defienden Madrid eran la vanguardia de los sembradores de vida nueva. Nosotros creíamos, ¡pobríños!, que en Madrid quedaba la «élite» revolucionaria. Nosotros creíamos que Inglaterra, con su «posturita», nos hacía daño.

¡Sí, sí! Un diario matutino, en párrafos rimbombantes, pletóricos de «pelotilla» inglesa, nos dice que Valencia es nada menos que «la vanguardia de la nueva España democrática», que «Inglaterra consolida su simpatía por España a partir del 17 de julio de 1937», que «los españoles auténticos...»

Todo esto se refiere a la visita del almirante de la «Home Fleet» a Valencia para saludar al Gobierno.

¡Vanguardia!... ¡Simpatía!... ¡Inglaterra!... ¡17 de julio!... ¡Españoles auténticos!... ¡Valencia!...

¡Pero cuidado que somos infelices!!

Mañana
APARECERA

“Castilla Libre”

Ayuntamiento de Madrid

ÓRGANO DE LA CONFEDERACION REGIONAL DEL CENTRO

Frete libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Admón.:

COMITÉ DE DEFENSA

(Sección de Propaganda)

Serrano, 111.-T. 58653

Política internacional

Despejemos el horizonte y sacudamos la basura

Tenemos en el Gobierno actual de la República cuatro ministros de C. N. T. Y uno de ellos, el camarada García Oliver, dió no hace mucho una conferencia en Barcelona, cuyo tema profundizaba más de lleno el problema internacional que ningún otro. Naturalmente, considerando al resto del mundo ligado a nuestra contienda.

¿Qué ha dicho allí García Oliver? Pues para nosotros, que compartimos su punto de vista, entendemos que dió allí lo que debe decir en el seno del Gobierno, cuando éste intente una y otra vez enviar delegaciones a Ginebra. No es que vayamos ahora a creer que el compañero García Oliver venga a contarnos en público, a los obreros que luchamos, lo que haya dejado de decir al seno del Gobierno. Suponemos que no, porque entendemos y creemos, por conocerle lo suficiente, que lo mismo habrá hecho ya de antemano en Valencia con sus compañeros de Gabinete. Las cualidades oratorias de García Oliver, muy persuasivas por cierto, encontrarán sin duda eco entre los demás ministros, y caso de no encontrarlo, lo debe decir igualmente a la opinión pública, al mismo tiempo que nos habla de los temas que él entiende interesantes para la causa del pueblo.

Una de las partes más interesantes del discurso de García Oliver es la que se refiere a la escasa solidaridad que recibimos del proletariado organizado allende los Pirineos y de las islas británicas. Nosotros, con nuestra sencillez y nuestra modestia, lo hemos venido diciendo y repitiendo infinidad de veces desde estas mismas columnas. La carencia de solidaridad eficaz de la clase trabajadora francesa e inglesa está fundada en que las organizaciones obreras de aquellos países están maniadas y sojuzgadas por los partidos políticos que se sirven de su fuerza para fines exclusivamente políticos.

Si el pueblo francés y el pueblo inglés sienten deseos de ayudarnos eficazmente, han de coincidir con el pensamiento de los gobernantes socialistas y comunistas de aquellos países. Si no coinciden en el pensamiento pueblo y Gobiernos, las organizaciones obreras, mediatizadas por elementos políticos al servicio más de la política que de la clase obrera, pierden su orientación y malgastan sus energías en derrames inútiles, que se pierden en el arroyo sin encontrar el cauce que les dé vigor y fuerza.

Y no vale perderse en más conjeturas. Nuestra misión es trabajar incansablemente por lograr que los trabajadores de aquellos países democráticos se levanten airados contra las maniobras politiqueras de sus Gobiernos y de sus políticos, para venir en nuestra ayuda verdadera. Estamos aún a tiempo. Los compañeros de la U. G. T. compartirán con nosotros seguramente esta tarea. Así parece indicarlo el hecho de que en diversas ocasiones se haya reclamado de sus Internacionales sindicales reuniones urgentes para tomar acuerdos eficaces. Los dirigentes de aquellas organizaciones sindicales extranjeras no parece que tengan mucho interés en que se lleven a cabo esas reuniones urgentes solicitadas por la U. G. T. Demoran y dilatan todas sus resoluciones. Llevan la misma política de dilaciones que los Gobiernos de Inglaterra y de Francia, porque, como hemos dicho más arriba, son antes servidores de los Gobiernos que de la clase trabajadora.

Lo primero que hay que hacer para prestar un gran servicio a nuestra causa es ausentarse de Ginebra, y lo segundo, desplazar a Francia e Inglaterra, elementos destacados de las dos organizaciones, U. G. T. y C. N. T., que de común acuerdo, y recogiendo el sentir general de los trabajadores franceses e ingleses, les orienten al margen de sus actuales directivos. En estos momentos la lucha es tan dura, que ya se imponen los recursos heroicos.

No se vaya a temer por ello represalia alguna de los gobernantes «democráticos» de Francia e Inglaterra, porque ello sería peor para los mismos Gobiernos. Unas represalias en estos momentos contra la clase trabajadora revolucionaria española podría producir el chispazo que produjera la Revolución liquidadora de tanto mangante oculto en la política obrero-burguesa.

¿POLITICA O REVOLUCION?

¡El Sindicato se basta!

Los muertos quieren resucitar. Los que no tuvieron en ninguna ocasión la suficiente valentía para arrestar y destituir generales facciosos, que, amparados en sus puestos de mando, conspiraban contra las libertades del pueblo, se sienten ahora, en un despertar pletórico de ambiciones, egoísmos y fanfarronerías.

Los que el día 18 de julio mantenían en sus puestos a los gobernadores traidores, y al mismo tiempo negaban que la sublevación fuese un hecho; los que aún pretendían en aquella fecha trágica y memorable que el pueblo siguiese sin armas, son los que ahora chillan y vociferan, reclamando para sí el fruto de los sacrificios que está realizando la clase trabajadora. En sus desaforadas locuacidades, reclaman se les respeten los privilegios, se anulen los avances proletarios, se supriman los Comités salidos de los Sindicatos obreros y se les confíe a ellos la misión vieja y absurda de gobernar los intereses de la clase trabajadora, función social que sobra y siempre sobró, cuando lo más que pudo hacer esa misma función es la de servir los intereses de las clases privilegiadas y sojuzgar a las clases productoras, sometidas al hambre y a la vejación constante.

Surgen ahora los politiquillos chillando que la República parlamentaria de mediadores inútiles debe prevalecer. Se les puede acabar el cocido. Es natural que chille.

Y ante el problema entablado por los que no tienen derecho a hablar,

porque lo perdieron en su desastrosa política de antaño, plantean la cuestión sindical con un fondo de competencia que hace reír, ante la ingenuidad que suponen los argumentos ridículos que aportan. Se pretende separar al Sindicato de la función administrativa de la cosa pública. Y para ello, se pretende que los partidos políticos son los que se hallan capacitados para desarrollar esa función. El concepto viejo que del sindicalismo tienen formado los marxistas quieren resucitarlo, para que el Sindicato se recluya en su pobre misión de seguir luchando para conquistar mejoras económicas y morales, como en la sociedad capitalista, que es lo mismo que decirle al obrero que, con un real más de sueldo, está pagado su esfuerzo al batir al fascismo, para que los señores de la política continúen gozando de sueldos espantosos y de categorías económicas distantes de nuestra igualdad económica.

En su afán de justificar lo que no tiene justificación. «El Socialista» se mete en un laberinto, del que no tiene salida fácil. Pretende que la función de la F. A. I. en el seno de los Sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo es la de un partido político. Con esa habilidad detestable, que ya debió haberse expulsado de los que sientan de verdad la unidad del proletariado, deja de consignar que la F. A. I. nunca ha pretendido gobernar ni dirigir la cosa pública, que es donde los partidos po-

líticos mantienen sus negocios y sus mangoneos a costa de los productores. La función de los militantes de la F. A. I. en los Sindicatos es la de orientar a los trabajadores organizados, pero confiándoles a ellos mismos la dirección y administración de sus propios intereses en fórmulas sociales que dependan de los Sindicatos y no de un partido político, en la ocurrencia de la F. A. I., según «El Socialista». Es bien distinta una intervención sindical de la otra. Sin embargo, y, desde estas mismas columnas hemos expuesto diversas veces que en los Sindicatos tienen cabida todos los productores que justifiquen una profesión hábil para ganarse la vida. Si los políticos no quieren renunciar a la profesión de mangoneadores, no tienen cura. Por el contrario, si los políticos renuncian honradamente a esa función ya vieja de gobernar a los pueblos, que es igual a decir de tiranizar a los pueblos, pueden adoptar una profesión honrada que les permita la sindicación, y, desde ella, si las clases productoras entienden que sus aptitudes personales son aprovechables, encontrarán un lugar adecuado para desempeñar un puesto de lucha franca y desinteresada de verdad.

¡DA PENA CONSIDERAR LO QUE PUBLICAN ALGUNOS DIARIOS POR ASEGURARSE LOS GARBANZOS! ¡Y DA ALGO MÁS QUE PENA LA LIGEREZA CON QUE DEJA PUBLICAR CIERTAS COSAS QUIEN SE HA IRROGADO EL DERECHO A CENSURARLAS!

Sin mala intención

VARIAS PREGUNTAS INGENUAS

¿Es lógico ni siquiera decente que en plena Puerta del Sol exista una cantidad de mozos fuertes que se dediquen a las «revolucionarias» labor de vender (?) bocadillos microscópicos de pan y materia desconocida a los «clóricos» precios de una peseta?

¿Esas milicias que se llaman de retaguardia, esos subalternos de Gobernación, esas «mesnadas que quieren hacer la Revolución», no han visto la inmoralidad que esto significa?

¿Y todos los antedichos no ven que la mayor inmoralidad consiste en que estos «negocios» lo detentan individuos que están en el pleno uso de sus aptitudes físicas, que estarían mejor empleadas en el uso del fusil o del pico y la pala?

Los temas de orden interior de la Confederación Nacional del Trabajo, no pueden ser discutidos ni criticados por nadie que no pertenezca a ella.

Más sobre la retaguardia

Sinceros, como siempre lo hemos sido, llamamos la atención de todos para evitar lamentaciones en un mañana.

Hemos todos de depurar la vida en la retaguardia, ya que en la retaguardia es donde se manifiestan estas anomalías que hemos podido observar y a las cuales obedece esta llamada.

Cafés abarrotados de hombres y mujeres. Horas y más horas permanecen realizando vida de holganza se res a los cuales no les conocemos personalmente, pero que tampoco podemos advenir por su aspecto qué labor útil realizan en ayuda de la guerra. Podemos observar infinidad de mujeres que en establecimientos ayer de fomento de la prostitución de la burguesía, permanecen a la espera del buen miliciano, que, cobradas unas decenas, pueda ser un buen gancho de donde alimentarse el chulo, que por desgracia para nosotros aún existe.

Estamos fomentando una nueva prostitución, más degenerada, más baja que la anterior, y en la misma están cayendo, no ya la mujer joven del pueblo, víctima del señorito, sino que quienes se están degenerando y enviando son los bravos milicianos, que, resguardando su vida en los frentes, vienen a ofrecerla de forma inconsciente a las nuevas vampiresas del Madrid heroico que pupulan por cafés a la caza del miliciano con dinero, mientras allá en la comarca le donde vienen tal vez sus familiares reclamen en una oficina el dinero que les pertenece para cubrir sus necesidades mientras su hijo lucha en la Casa de Campo o entre los muros de un edificio madrileño.

Hemos de llamar la atención a to-

dos. Hemos de hacer todo lo necesario para moralizar la Revolución. Hemos de salvar a nuestra juventud, que, aunque masculina, también pelagra entre los tentáculos de las falanjes femeninas, que, si practican la prostitución, es por vicio y no por necesidad. «Mujeres Libres» hizo algo para esta abolición. Las Juventudes Libertarias iniciaron unas actividades conducentes a la abolición de la vida de café, limitada tan sólo a lo natural del deseo de los compañeros que quieren descansar ante los amigos en las breves horas del descanso de la lucha.

Es preciso que consultemos si estas iniciaciones tuvieron eficacia. Merece la pena que lo estudiemos, y el resultado de ello pongamos nuevos bríos en esta obra de regeneración revolucionaria y anarquista que es preciso imponer para ganar la guerra y consolidar la Revolución.

Si los vicios, si los perjuicios no los vamos eliminando, surgirán ante nosotros nuevamente los justificados de la sociedad capitalista, surgirán los «sabios» y surgirán los «superhombres».

Depuremos y vigilemos la retaguardia.

Veamos cada uno de qué como y lo que come. No seamos demasiado ingenuos y vayamos a ser los que echemos abajo la Revolución.

La «quinta columna» se manifiesta de diferentes modos. Ahora se nos puede manifestar a través de esas mujeres que continúan fingiendo amor a cambio del importe de una quincena de haberes.

En la guerra, los hombres. En las fábricas y talleres, las mujeres. Y en ningún sitio, la prostitución.

Alerta siempre, trabajadores

Quienes estaban acostumbrados a pensar que todos los problemas del país, grandes o chicos, cualquiera que fuese su carácter, podían resolverse con discursos en las Cortes o con guardias en la calle, no dan crédito a lo que ven ahora, no conciben lo que la realidad les pone ante los ojos: que no haya desorden público cuando el pueblo está armado.

Esos individuos, en los cuales están personificados todos los dolores sufridos por nuestro país en estos últimos tiempos, no respiran fuerte, por miedo a armar una trapatiesta; pero, aconsejados por su pánico inmotivado y por sus recelos sin justificación, en los cuales hay un eco de la voz de su conciencia, sueñan con crear un nuevo instrumento represivo y en conseguir, por medio de maniobras políticas, que ese instrumento pase a sus manos y les permita garantizar el desarrollo de sus privilegios.

Algunos periódicos de Madrid —«Claridad» y «C N T», los de las organizaciones obreras— han denunciado estos días esa maniobra. Algunos republicanos de segunda fila, que si tuviesen verdadera dignidad antifascista, se irían al frente para lavar con heroísmo las manchas que en su historia dejó la cobardía de otro tiempo, han aprovechado la circunstancia de que la atención del proletariado sea absorbida casi totalmente por la guerra, para lanzar unas cuantas consignas de carácter reaccionario, mediante las cuales se podría preparar un ambiente propicio para lograr nada menos que esto: desplazar del Gobierno a los representantes directos de los trabajadores organizados y encomendar la dirección de la lucha antifascista a quienes, además de haber favorecido a la reacción desde el 14 de abril, fueron incapaces de enfrentarse con la rebelión del 19 de julio.

No vamos a indignarnos por eso; tan absurdo y necio es el propósito, que no merece ser discutido. Pero conviene tenerlo en cuenta como un indicio de la osadía propia de quienes casi nunca tuvieron más profesión que la política. Ese indicio reclama que todos los trabajadores estén alerta constantemente, porque si ceden, si pierden su carácter de clase, si hacen concesiones a la reacción y dan un paso atrás, los enemigos que les acechan agazapados darán un salto de tigre sobre ellos en cuanto vean una ocasión favorable.

Es curioso advertir que ahora, cuando aún no se ha deshecho ese ambiente de intrigas denunciado por «Claridad» y «C N T», se hable de unas milicias de retaguardia, que no sabemos para qué se necesitan ahora, pero que tampoco ignoramos para qué podrían valer. Acerca de esto no

se puede hablar con despreocupación, como ha hecho algún colega. Nosotros decimos que donde se necesitan fusiles es el frente, y mientras esperamos que alguien vuelva a tratar de esas milicias de retaguardia con intención muy distinta de la nuestra, les decimos a los trabajadores: ¡Alerta siempre, compañeros!

Del 9 largo

Hemos podido comprobar ayer las ganas de divertirse que tiene la gente en Madrid.

Las «colas» para entrar en los cines no tienen que envidiarles nada a las de los viveres.

No diremos que haga falta aquí una «Columna de Hierro», pero unas buenas varas de fresno, sí. Eso, sí.

*

Quisiéramos ver las caras y las actitudes de los altos cargos, si se les dejara de pagar algún tiempo.

Porque sucede ahora lo que ha sucedido siempre. Que después de comer bien no se concibe que haya alguien que tenga hambre.

*

Hemos oído hoy una definición nueva de la Censura:

«Es el medio de que disponen los Gobiernos para distraer a los gobernados, porque mientras suponen lo que está manchado, no se dan cuenta de lo que verdaderamente sucede.»

*

Claro que muchas veces no interviene el Gobierno en la Censura, y entonces se puede ésta definir diciendo que es «el arma usurpada para ocultar lo que le conviene al que la usa».

*

Los que en tiempos pretéritos se doblegaron una y otra vez al capricho del explotador, se muestran inflexibles hoy cuando se trata de ayudar a la Causa.

Y al que le pique, que se rasque.

GRÁFICAS NACIONAL.-Abascal, 4.